

Enseñar es aprender

Rodolfo Fernández Báez*

Nunca fui un estudiante destacado; podría considerarme dentro del promedio. Mi madre fue docente toda su vida y una de las mejores, por lo que se preocupaba mucho por mis calificaciones y evaluaciones, aunque no siempre lograba el resultado esperado. Durante toda mi educación básica me costaba trabajar en equipo con mis compañeros. Veía a mis maestros a veces frustrados, a veces animados, pero siempre dando lo mejor de sí, esforzándose cada día no sólo por lograr nuestro aprendizaje, sino por ayudarnos a dar lo mejor de nosotros mismos.

Al crecer, opté por el camino de la arquitectura, profesión que me llevó a conocer el país, su belleza, su gente y sus contextos tan particulares. Sin embargo, a pesar de haber participado en diversas obras construidas, algo en mí no se sentía completamente satisfecho. En 2013 recibí una invitación por parte de mi alma máter para impartir algunos cursos de especialización en distintas áreas de la arquitectura. Durante dos años aprendí que un buen porcentaje del trabajo docente no ocurre frente al alumno en el aula; detrás de cada hora de clase hay lecturas, práctica, preparación de materiales, ensayos y hasta pruebas frente al espejo. Y aunque uno esté lo mejor preparado posible, siempre existe la posibilidad de improvisar, porque estar frente a tantas personas con necesidades y dudas distintas lo exige.

Después de algunos años frente al aula y por recomendación de mi madre sobre lo que significaba ejercer en la educación básica, decidí presentar el examen de oposición, en el cual tuve la fortuna de ser seleccionado. Mis primeros dos años frente a grupo estuvieron llenos de incertidumbre: intentaba replicar lo que hacían otros docentes que amablemente me asesoraban y compartían sus estrategias. Si bien agradezco cada uno de sus consejos, aún no encontraba mi propia voz en la enseñanza. Me sentía perdido y frustrado, llegando incluso a pensar en renunciar, pues no entendía cómo podía desempeñarme bien con estudiantes universitarios y obtener resultados tan distintos en secundaria, un nivel que percibía mucho más complejo.

Fue después de la pandemia, al regresar de manera presencial al aula, cuando comencé a comprender mejor la verdadera responsabilidad de la docencia. No se trataba únicamente de resultados, sino de favorecer el desarrollo integral de mis alumnos. Empecé a dialogar más con ellos, a aprender de sus dudas y a reconocer que cada estudiante es distinto, con intereses y necesidades propias. Entendí que en esa diversidad estaba la oportunidad de impulsar su desarrollo y, en consecuencia, su aprendizaje. A partir de entonces, cada día en el aula dejó de ser una rutina para convertirse en una experiencia de aprendizaje compartido.

Por eso hoy, aun con dudas e incertidumbres, sé que estoy dando lo mejor de mí en el aula, honrando a los docentes que nunca se rindieron conmigo y a mi madre, quien durante más de 40 años ejerció esta noble profesión. Hoy puedo decir que ser maestro es lo mejor que me ha pasado y me llena de alegría cada día que veo a mis alumnos.

*Maestro en Innovación. Docente de la Escuela Secundaria Técnica núm. 37 “Miguel de Cervantes Saavedra”. rodolfofdz@hotmail.com